

ROGER DE FLOR Y SUS ALMOGAVARES

Episodios de la Edad Media

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade
Capitán de navío (R), Armada de Chile



FINALIZABA el siglo XIII cuando apareció en la historia medieval un personaje de suyo interesante, discutible en su moralidad, como lo era cualquiera en esos turbulentos años cuando lo que hoy es un delito, entonces era sólo una simple necesidad; pero en todo caso, un gran capitán y almirante, un caudillo de notable atracción histórica, pues ejerció la jefatura de verdaderas hordas de indiscutible audacia y valor a toda prueba, que se hicieron justamente famosas por su temeridad, eficiencia militar y, a veces, refinado salvajismo. Y ellas eran las tropas mercenarias que en la Edad Media constituían la plaga que la guerra dejaba a la paz, como hoy día las deudas públicas y los impuestos destinados a extinguirlas, mal necesario que azota a todas las naciones, a unas más y a otras menos.

Los almogávares o almuqáveres (del árabe, *almughavir*), soldados que hacían incursiones en país enemigo, según descripción enciclopédica, y que aparecieron en territorio catalano-aragonés en el siglo XII y fueron empleados más tarde como milicia mercenaria por Pedro IV de Aragón, "el Ceremonioso" (1336-1387),

componían más bien una fuerza de infantería ligera e irregular. Su memorable expedición a Oriente autoriza a hablar de una verdadera flota de almogávares que participó activamente contra los turcos, bizantinos y genoveses en las costas e islas de Asia Menor, Tracia y Macedonia.

Pues bien, estos almogávares tienen una amplia y muy estrecha relación con el personaje que representa el centro de gravedad de este pequeño y escueto trabajo de divulgación histórica.

Acostumbrados los catalanes a pelear con los moros en su patria, con pocas necesidades y un valor que se asemejaba a la ferocidad, se habituaban a la sangre y al pillaje; después, cuando no encontraban en su patria botín en que hartarse, iban en busca de aventuras a sueldo de los extranjeros. Algunos de ellos se fueron con el rey de Aragón a arrancar la Sicilia del poder de los angevinos. Cuando finalizó esta guerra, el rey quiso devolverlos a su patria; pero ellos le contestaron que eran libres, y después de haber assolado la isla por su cuenta, no conociendo otra patria que su campo, otros bienes que sus armas, ni otra virtud que su valor, ofrecieron sus servicios al emperador griego. Calzones de cuero, un saco para llevar el pan y avíos de encender, una redecilla de hierro en la cabeza,

un pequeño escudo, la espada y algunos dardos formaban todo su equipo; pero se decía que un catalán de un tajo partía en dos el jinete y el caballo; hasta sus mujeres mostraban una energía feroz.

En los tiempos que corrían, los finales del siglo XII, eligieron como jefe a Roger de Flor. Este era un hombre de guerra que algunos biógrafos lo hacen catalán y otros, la gran mayoría, lo consideran italiano, nacido en Brindisi en 1280 (otros lo hacen en Tarragona en 1262) y asesinado en Andrinópolis en 1307. (Aquí todos coinciden). Era hijo de Ricardo de Flor, de origen alemán, halconero del emperador Federico II, hidalgo que murió, estando a las órdenes de Conradino, descendiente directo del nombrado emperador y último representante de la casa de Hohenstaufen, combatiendo contra Carlos de Anjou.

Despojado por el vencedor, el joven Roger entró a la edad de quince años, reducido a la miseria después de ejecutado Conradino, al servicio del capitán del "Halcón", buque del Temple, y se acreditó de tal modo en las cosas del mar que recibió por mediación de su protector el hábito de fray sargento, casi parejo al de caballero. Asistió a los cristianos en su rápida retirada de San Juan de Acre al caer la plaza en manos de los egipcios en 1291, logrando salvar en sus navíos gran cantidad de éstos, con sus bienes; pero acusado de haberse apoderado de estas riquezas y denunciado al Gran Maestre de la Orden, se vio obligado a huir, para evitar un castigo que preveía indiscutible, salió de Marsella y desde Génova organizó, de acuerdo con Ticín de Oria, el armamento de una galera con la que pasó a Nápoles a ofrecer sus servicios a Roberto, duque de Calabria. Despedido por éste, formuló su ofrecimiento a Fadrique, duque de Sicilia, quien le tomó inmediatamente a su cargo, pues estaba, a la sazón, en guerra con el anterior y le confió el mando de una pequeña escuadra en la que alcanzó el grado de vicealmirante. En menos de tres años se convirtió en el azote de la línea de Nápoles y en puntal de la isla de Sicilia.

En 1303 los almogávares le ofrecieron ser su jefe del cuerpo expedicionario catalán que iría a apoyar al emperador Andrónico II Paleólogo, de Constantinopla, acosado por los turcos, quien pidió la ayuda de estos mercenarios. Roger de

Flor aceptó de inmediato la oferta y decidió a apoyar a Andrónico, tanto más si se cae en la cuenta de que Roger temía que el Papa, despechado por haber él asolado la costa de los Estados Pontificios, pidiera su extradición para entregarlo a la justicia del Temple y ser procesado por desertor. Enviada una embajada a Andrónico, éste aceptó la ayuda de los almogávares, confirió a Roger el título de megaduque de Romanía o Jefe Supremo de la Marina y por último le prometió casarlo con su sobrina María, hija del príncipe búlgaro Azán.

Roger de Flor zarpó de Mesina con dieciocho galeras, cuatro navíos de alto bordo con un número discutido de hombres a bordo (entre 4.500 y 8.000) para llegar a Constantinopla en enero de 1303 después de haberse aprovisionado en Morea. Habiéndose reído los genoveses de sus extrañas indumentarias, los hizo eliminar paulatinamente. En Constantinopla Andrónico hizo a Roger de Flor un recibimiento triunfal y cumplió todas sus promesas: matrimonio y gran ducado.

En competencia con Génova, por rivalidades comerciales, la célebre Compañía Catalana al mando de Roger de Flor proyectó la influencia de la corona de Aragón hasta los ámbitos del Mediterráneo Oriental. Las reyertas habituales entre catalanes y genoveses impulsaron al emperador a incitar a Roger a que pasara de inmediato a Anatolia. Este asintió con la condición de tener un connacional por jefe de la escuadra de aprovisionamiento, para no tener que depender de los genoveses. Fue nombrado para este cargo Fernando de Ahonés. Roger de Flor cruzó el mar de Mármara y al día siguiente ya produjo un serio descalabro a los turcos; luego decidió invernar en la orilla asiática de dicho mar. Al comenzar mayo de 1304 se reanudaron las hostilidades y fueron atacados Anchirao, Germe, Geliana y liberada Filadelfia del cerco que le habían puesto los turcos, después de derrotar a éstos en una batalla campal.

También fueron atacadas y ocupadas Culla, Nicea, Magnesia y Tiria. A la entrada del invierno se retiró el cuerpo expedicionario a la costa desde donde tuvo que acudir a sofocar un levantamiento en Magnesia. Durante el sitio de esta plaza fue llamado por el emperador, con lo que el cuerpo expedicionario pasó a acuartelarse a Gallípoli, en tanto que su

megaduque iba a Constantinopla. En total, Roger de Flor y sus almogávares mataron 30.000 turcos y él fue proclamado libertador de Asia y nombrado César (distintivo especial para un emperador o para quien lo habría de suceder, según costumbre establecida por los romanos y adoptada por otros pueblos). Como megaduque fue designado Berenguer de Etenza, amigo de Roger.

Ello lo hizo Andrónico precisado, aun cuando conocía perfectamente que Roger de Flor oprimía más a sus amigos que a sus enemigos y cuyas exigencias aumentaban sin cesar. Semejantes libertadores eran más de temer que el propio enemigo. Considerándose estos feroces catalanes como dueños de la vida y fortuna de una población desarmada, no hubo extorsión que no hicieran y atentaban al honor, a los bienes, a la existencia de los habitantes. Roger se negó a reducir a 3.000 el número siempre creciente de sus aventureros, los cuales se pagaban con los fondos del erario del emperador.

No podía Andrónico hacer otra cosa que afligirse de las quejas que llegaban a sus oídos, obligado como estaba a sufrir las insaciables pretensiones de estos aventureros y para atender a su sostenimiento, gravar a sus súbditos, alterar las monedas y disminuir en una tercera parte los sueldos de sus empleados.

Esta situación de disgusto de Andrónico hacia el comportamiento de los almogávares por su duro trato a los naturales del país, a quienes no distinguían de los turcos, no obstante su satisfacción por sus éxitos militares, lo decidió a deshacerse de ellos. Además, estos mercenarios catalano-aragoneses se habían atraído la envidia popular de los bizantinos, acuciada ésta por la poca habilidad y nula diplomacia de los primeros, que no se recataban de proceder como auténticos ocupantes, lo que suscitó una fuerte corriente anticatalana, amparada por Miguel Paleólogo, hijo de Andrónico, el cual decidió terminar con la compañía. Primero comenzó por no pagarle los sueldos y si al-

guna vez ocurrió esto, sólo se le entregaba moneda falsa. Este juego sucio consiguió que los afectados saquearan indistintamente a griegos y turcos, haciéndose cada vez más odiosos.

Miguel Paleólogo, asociado por su padre al poder, resuelto a acabar con el temible jefe, lo llamó a Andrinópolis con el pretexto de preparar una segunda expedición contra los turcos. Roger de Flor, ante todo almirante y soldado, cayó en la trampa y fue asesinado al salir de un festín, a la vista de la emperatriz, cosido a puñaladas, mientras que muchos de sus compañeros perecían en las calles a manos del populacho. Otros se refugiaron en sus buques y vengaron la traición esparciendo el terror en las costas del Mediterráneo, teniendo a su cabeza a Berenguer de Etenza. Los almogávares por mucho tiempo devastaron el país. La popularidad adquirida por este notable guerreo que fue Roger de Flor, caído a los 27 años, fue, después de su muerte, aumentando considerablemente hasta ser objeto de leyenda que la crítica histórica no acepta. Los poetas catalanes le hicieron objeto de varias obras de carácter épico, como el "Rondor de Llobregat" de Rubió; "L'Orientada", de Briz y "Lo cami del Sol" de Guimerá.

Incluso el escritor y periodista español Julio Bronta y Herlinvaux tomó como pseudónimo "Roger de Flor" y hasta en Santiago de Chile existe una calle con este nombre.

Bibliografía:

Historia Universal - César Cantú, Tomo XXIII, Libro XIII. Imp. Gassó - Barcelona.

Enciclopedia Sopena.

Historia de la Edad Media - Juan Reglá Campistol - Montaner y Simón - Barcelona.

Enciclopedia Universal Espasa Calpe S.A. Edición 1924.

Ramón Muntaner - "Crónica".

Moncada: "Expedición de catalanes y aragoneses a Oriente".

